

**INVITACIÓN
AL
INCENDIO**

grafógrafxs

Invitación al incendio

**Muestra del taller de
narrativa de la revista
*grafógrafxs***

Selección y prólogo de Alonso Guzmán



ÍNDICE

- | | |
|---|--|
| 5 PRÓLOGO
Alonso Guzmán | 19 MANOS LIMPIAS
Edson González |
| 8 INSPIRACIÓN
Mario Iván Uraga Ramírez | 21 LA PIEDRA
Israel Colín Aguilar |
| 10 EL DESTINO ES UN ANILLO DORADO
Denise Ocaranza | 27 TENTANDO A LA SUERTE
Mauricio Pérez Sánchez |
| 12 DOÑA LUCHA
Adriana Mondragón Collado | 31 AMANTES DE SOBREMESA
Marifer Michel |
- 

PRÓLOGO

Ser una parte, aunque sea mínima, del desarrollo narrativo de la ciudad me emociona. Saber que una ciudad como esta cobija el trabajo de narradores que buscan historias y recursos para contarlas me emociona aún más. En la ciudad que todos creen agria y desinteresada arden diminutas hogueras literarias que se juntan cada sábado para compartir el incendio, y este dossier es muestra de ello.

Uno de los intereses primordiales del taller de narrativa es que entre todos construyamos un discurso paralelo, alternativo, diferente de y desde la ciudad. Si bien las geografías parecen no ser importantes, los temas y la reflexión del corazón del ser humano sí lo son.

Es por ello que en el texto de Israel Colín, “La piedra”, nos encontramos con una desafiante y perturbadora historia que plantea la brutalidad y ambigüedad de la mente enferma, alterada y loca. La ferocidad de “La piedra” nos dibuja, desde la literatura, el desgarrador cuadro de la adicción más aferrada y sórdida, que desencadena en un suceso realmente grotesco. Se trata de un relato duro, en el que en algún momento los personajes se convirtieron en meros nombres huecos sin ningún tipo de carga, sombras que sólo sirven para contar la anécdota.

En este dossier podemos disfrutar las historias y personajes trazados por tres narradoras que comparten su talento en el taller. Denise Ocaranza, por ejemplo, tiene una habilidad enorme para crear situaciones con alto grado de tensión. Sus personajes se

arman poco a poco y en este caso, en “El destino es un anillo dorado”, nos muestra la posibilidad de un desafortunado encuentro amoroso condenado desde el principio. Adriana Mondragón, por otro lado, prefiere personajes sórdidos envueltos siempre en un halo de humor negro y sarcasmo. En “Doña Lucha” conocerán a uno de los personajes que bien domina Adriana: el mirón. Por último, en este cuadro de personajes tengo que mencionar a Marifer Michel, quien nos presenta el trazo de una figura femenina repleta de vitalidad, frustración y esperanza. Creo que Marifer se ha lanzado a la búsqueda del gran personaje femenino de su generación, y eso me parece perfecto.

El origen de los textos es variado. Quiero mencionar, sin embargo, la razón de ser de tres textos que me sorprendieron mucho porque superaron el objetivo planteado. En algún momento del taller he dejado ejercicios para que la mano no se enfríe, sobre todo para aquellos que prefieren trabajar más en el trazo mental antes de la escritura. En uno de esos ejercicios propuse un asesinato (la Sra. Grasspool) en un callejón de una zona roja cualquiera, en una ciudad cualquiera. En cinco fólderes con tres fotos cada uno, repartí a los testigos, por ejemplo: una pintora, un *skinhead* y Julio Cortázar. Se hicieron grupos de tres y cada grupo escogió un fólder; luego se repartieron los personajes. El juego era que narraran el asesinato de la señora Grasspool desde su perspectiva de personaje: ¿cómo narraría una pintora el homicidio?, ¿cómo, Anne Rice? Bueno, poco a poco fueron llegando las propuestas y, como leerán, fueron fabulosas, desde la vuelta de tuerca genial que logró Mario Iván Uraga con “Inspiración” (a Anne Rice le encantaría) hasta el realismo simbólico fantástico de Edson González con aquel *skinhead* acusado de asesinato, al que se le escapa un sentimiento por la cañería, en “Manos Limpias”. Por otro lado, “Tentando a la suerte”, de Mauricio Pérez, superó por mucho el

ejercicio que partió de una carta del tarot. Cada uno de nosotros sacamos una carta y, con base en lo que nos “dijeron” los arcanos, se esbozaron los relatos. A Mauricio le tocó la estrella; con ella hilvanó un poderoso cuento policiaco metafísico.

Quiero agradecer a Sergio Ernesto Ríos y al proyecto *grafógrafxs* (porque es más que una revista) por confiar en mí para esto y, principalmente, a toda la pandilla que asiste cada sábado para charlar, enchular textos y divertirnos. Esto es apenas una muestra de lo que viene, porque hay voces que, lo prometo, serán el camino narrativo del futuro inmediato (aunque el futuro sea una ilusión).

ALONSO GUZMÁN

Inspiración

Mario Iván Uruga Ramírez

“Lester Atkins, Atkins, ¿entiendes?”. En efecto, la señora Grasspool había entendido, pero ya era demasiado tarde: yacía en el oscuro callejón con heridas mortales mientras Lester —nada más que un imbécil, un demente, un enfermo desdentado y envejecido en camiseta, incapaz de comprender lo que hacía— balbuceaba de placer ante las manchas rojas sobre el abrigo blanquísimo. Esa fue la treta: un momento antes habían salido del bar, pero la escritora insistió en prestarle su abrigo blanco con cuello de cordero tibetano, “una joya de mi último viaje a China”, y la señora Grasspool estaba tan mareada por el whisky que no sospechó nada: ¿acaso pensaba regalárselo? ¡No, qué estúpida! Anne había jugado con su debilidad por las pieles después de hacerla beber más de la cuenta en ese bar de San Francisco, donde la citó con el pretexto de recordar sus buenos tiempos. Pasaron la noche recordando la larga amistad que las unió desde los primeros años en la universidad, los viajes que hicieron juntas por Europa acompañadas de sus difuntos esposos, las pancartas y consignas contra la invasión a Vietnam, los aborígenes australianos de aquella larga travesía: “Hubiera cambiado todo Mozart por un baño decente”. Risas y whisky. La señora Grasspool celebraba que Anne volviera a los vampiros, porque las novelas de ángeles traicionaban su talento: “Todos tus lectores necesitamos un desenlace a la altura de tu mitología vampírica; nos lo debes y

te lo debes a ti misma”. Anne asintió: “Volveré a mi vampiro favorito”. Una botella de whisky es mucho para dos ancianas, pero Anne la pidió apenas entró al bar, luego de abrazar a Grasspool: “Amiga querida, estoy feliz de verte; ¿hace cuántos años?”. Pidieron la mesa más discreta para platicar a gusto, lejos del billar y las bocinas. Al salir, Grasspool se dejó llevar por el brazo de Anne, tropezando con sus propios pies. Su amiga le contaba ideas extrañas sobre inspiración, gallinas blancas y fracaso, que apenas escuchaba sumergida en su embriaguez. “Quiero que lo conozcas”, le pareció escuchar que le decía, “es un artista”. “¿A quién?”, preguntó con la mirada medio perdida. “A mi inspiración, a mi Lestat”. Un hombre saltó sobre la vieja Grasspool, a la mitad del callejón; espesos hilos chorreaban de la punzante hoja tras cada embate, mientras Anne Rice llenaba sus ojos de violencia. “Lestat, Lester Atkins, Atkins, ¿entiendes? ¿Entiendes?” Lester lamía la sangre del suelo y murmuraba incoherencias cuando se extinguió la respiración de Grasspool.

MARIO IVÁN URAGA RAMÍREZ (1983). Es licenciado en Filosofía y doctor en Humanidades por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha publicado algunos artículos (incluso una traducción), pero sus intereses actualmente versan sobre la literatura; parece como si quisiera retomar un rumbo perdido, pues cuando era joven ganó el segundo lugar y una mención honorífica en el Segundo Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo, convocado por la Universidad Iberoamericana y la Fundación Juan Rulfo. Ya veremos a dónde llega. Es profesor de Ética y Filosofía en distintas instituciones.

El destino es un anillo dorado

Denise Ocaranza

Era el invierno de 1977. Vivíamos en una residencia igual a las Otras del vecindario; frente a ella había un pequeño parque parecido al de un rompecabezas que se encontraba en el estudio de mi padre. Lorena tenía cinco años y yo, Benjamín, siete.

Los fines de semana salíamos a jugar con los demás niños, nunca solos: las nanas o las amas de llaves se sentaban en las bancas y platicaban entre ellas sin perdernos de vista; pero ese domingo Lorena y yo salimos sin vigilancia, porque mis padres tuvieron visitas y necesitaban que Lourdes atendiera.

El sol se puso y los demás niños empezaron a despedirse. Nuestros padres debieron perder la noción del tiempo, pues no nos llamaban, así que seguimos jugando a las escondidas: *cuatro, tres, dos, uno... ¡lista o no, allá voy!*

La busqué hasta que la angustia me mareó. Entré a casa y, con la voz entrecortada, le dije a mi madre: “no encuentro a Lorena”; se alteró, corrió al parque, quise salir tras ella, pero mi padre me detuvo para preguntarme cosas que no recuerdo. Si hago un esfuerzo vienen a mi memoria las luces de las sirenas, que todos entraban y salían de casa —menos mi hermana—, el llanto de mi madre, los gritos de mi padre y luego el silencio, ese silencio que me culpaba.

Pasaron semanas sin saber de ella. Las investigaciones y la búsqueda hicieron que mi padre perdiera su trabajo en Pemex; tuvo que rematar la casa, los autos y los enseres para mudarnos a un lugar más económico, una casita con humedad, en una colonia que olía a caño.

De Lorena sólo nos quedamos con una foto. Mis padres quisieron enterrar su recuerdo hasta que la policía encontró el cadáver de una

niña con la cabeza aplastada por una piedra y el cuerpo hinchado; entonces no había pruebas de ADN ni se perdían muchas niñas, así que la enterramos con la seguridad de que era nuestra pequeña.

Para alejarme lo más pronto posible de mis padres, fui de aquellos que sobresalían en la escuela, me independicé a los diecisiete, y vuelvo solamente en Navidad para ver a dos ancianos en un asilo, que si no fuera por su mirada rencorosa pensaría que no saben quién soy.

Apenas sé convivir con la gente; soy de esos profesores que llegan, dan la clase y se van. Sólo tuve dos breves relaciones sentimentales hasta que llegó Alejandra, quien trabajaba en la cafetería de la universidad. Había algo en ella que me hacía sentir tan seguro como cuando tuve un hogar. Me enternecía su historia: su padre era alcohólico, el Estado intervino y creció en un orfanato; fue todo lo que me platicó sobre su infancia.

Ella también se sentía a salvo conmigo y nos casamos pronto. Era como si quisiéramos recuperar el tiempo perdido. Tenemos ahora una hija de seis años y ha sido diagnosticada con la enfermedad de Wilson (ahora mismo me mira fijamente con esos ojos oscuros rodeados de un anillo dorado que solía fascinarme y con la boca entreabierta entre babeando y riéndose con burla, esa risa que, hasta ahora sé, no puede controlar).

No sé a quién le he estado llevando flores al panteón durante 42 años.

DENISE OCARANZA (Toluca, México, 1986). Es licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEM y se ha desempeñado como correctora de estilo en varias dependencias. Es autora de *El ladrido secreto*, obra ganadora del Cuarto Concurso de Cuento Infantil organizado por el Centro de Actividades Culturales de la UAEM; de *Ramona en el país de las sombras* y de *El misterio de las nutrias*, cuentos ganadores del Premio Municipal de la Juventud 2014 (Toluca) y del Primer Concurso Literario de Cuento, Poesía y Ensayo 2015 del Ayuntamiento de Jilotepec, respectivamente.

Doña Lucha

Adriana Mondragón Collado

“Todas las mañanas que entra por mi ventana el señor sol, doy gracias a dios por otro día más como hoy...”. Siempre que doña Lucha amanecía de buen humor cantaba esa canción, y más que interrumpir mis horas de sueño, me contagiaba su alegría. Conocí a doña Lucha hace algunos años; era mi vecina de abajo, y desde que llegué a este edificio me pareció todo un enigma.

Doña Lucha o doña Tita (como solíamos llamarle) era una señora que no pasaba de los cuarenta y tantos, vivía sola, no tenía luz ni agua en su departamento y muchas veces la llegué a encontrar pidiendo limosna en la esquina de la iglesia o afuera del minisúper de la colonia. Doña Lucha era muy limpia, todos los días se levantaba a sacar agua de la cisterna para bañarse y trapear su casa. Algunas veces llegó a saludarme, otras simplemente me ignoraba; pero en una ocasión, cuando iba subiendo las escaleras hacia mi departamento, comenzó a gritarme: “¿Te gusta verme desnuda? ¡maldito marimacho!; la próxima vez te voy a acusar con el comandante...”. Decidí pasarme de largo. No me atreví a mirarla aquella vez, ni las demás ocasiones en las que se le ocurrió gritarme.

En el edificio corrían muchos rumores sobre ella; el principal era que estaba loca y que había quedado así desde hace mucho tiempo. Otros relacionaban su comportamiento con la muerte de su madre, con quien había compartido la mayor parte de su vida.

Se dice que cuando su madre falleció, doña Lucha no hizo nada, la dejó ahí en el departamento hasta que el olor comenzó a llegar a las demás casas, así que los vecinos, intranquilos, llamaron a la policía. Cuando los oficiales entraron al departamento encontraron el cadáver ya en estado de putrefacción.

A pesar de estas historias y del supuesto conflicto que doña Lucha tenía conmigo, yo no le temía; al contrario, me intrigaba tanto que podía pasar grandes ratos observándola. Poco a poco mi vecina se fue convirtiendo en parte esencial de mi cotidianidad y de mi alegría. Todos los días me despertaba con la esperanza de poder presenciar alguna de sus excentricidades. Incluso llegó a ser tema central de la mayoría de mis pláticas. Mis compañeras del departamento me decían que estaba obsesionada. Yo no creo haberlo estado, lo que sí admito es que sentía fascinación por ella.

Doña Lucha no se caracterizaba por ser una mujer discreta, así como cantaba de felicidad en las mañanas, había otros días donde le daba por pasearse desnuda en el interior y a los alrededores de su departamento. Otras veces “hablaba” por teléfono con el dichoso comandante quejándose siempre de Cecilio, el negro homosexual y de Micaela y su séquito de maricones. En varias ocasiones la escuché conversar con alguien sobre Tito. Ahora que lo pienso, siempre estaba hablando de Tito: Tito esto, Tito aquello, Tito me hizo, Tito me dijo, Tito es bueno, Tito es malo, etcétera. Era tanta su devoción que llegué a creer que podía ser su amigo... imaginario.

Un buen día me sorprendió la presencia del mentado Tito, un güero de rancho que tenía entre 23 y 25 años y un *mohawk* color rosa muy deslavado, que por cierto estaba bastante apachurrado. Con el tiempo me di cuenta de que Tito era drogadicto; de eso no me quedaba duda, pues las veces que me lo llegué a topar siempre traía la mona en la mano. Al igual que doña Lucha, se dedicaba

a limosnear, aunque se atrevía a presumir que era vendedor de artesanías.

Las visitas de Tito comenzaron a ser más constantes, incluso se decía que la misma doña Lucha le había dado una copia de las llaves de la entrada del edificio. La presencia de Tito, en comparación con la de doña Lucha, era desagradable. Cuando clavaba los ojos en alguien lograba hacerlo sentir vulnerable; a veces creo que tenía ese mismo efecto con ella, sólo que esta lo idolatraba y estaba dispuesta a todo, incluso a que metiera a otros gañanes a su casa. Realmente nunca me quedó muy claro cuál era la relación de estos dos, lo que puedo asegurar es que ella estaba totalmente enamorada de él. De Tito no queda más que decir que era un abusivo.

Una tarde mientras intentaba hacer tarea me puse a pensar en Tito. Entonces recordé al comandante, a Cecilio, al negro homosexual y a la Micaela con su séquito de maricones. Comencé a cuestionarme su existencia, y recordé las veces que escuché o que vi a doña Lucha hablar con el comandante desde su celular imaginario. Llegué a la conclusión de que por lo menos este no era real. Pero, ¿qué pasaba con los demás? ¿Eran reales?, ¿conocían a Tito?, ¿eran enemigos de doña Lucha?, ¿doña Lucha era homofóbica?... Si antes me intrigaba, ahora sí me estaba obsesionado con ella, quería saberlo todo. Entonces decidí abandonar mis obligaciones y me puse a investigar su vida.

Recordé todas esas tardes en las que miraba a mi vecina a través de la ventana, siempre conversando consigo misma o con el supuesto comandante. Por ese motivo sabía que debido a mi curiosidad tenía material suficiente para realizar un mapa mental. Empecé por enlistar a los personajes: en primer lugar, estaba el comandante, aparentemente el único amigo de doña Lucha, su protector y a quien siempre acudía cuando se encontraba molesta.

El comandante, al parecer, era un hombre de bien que luchaba contra la prostitución y la trata de personas; lo sé porque este tema era recurrente en sus “conversaciones”. En segundo lugar, se encontraba Cecilio, un cuarentón, hijo de un tal arquitecto que, a diferencia de su retoño, era una persona decente. Cecilio era padrote y supuestamente se dedicaba a traficar con mujeres jóvenes y pobres a las que enamoraba o engañaba con la promesa de lanzarlas al mundo del estrellato, ya sea como actrices o modelos; por esa misma razón doña Lucha quería refundirlo en la cárcel. Al parecer, ya había tenido varios conflictos con él.

Doña Lucha no era la única enemistada con Cecilio; otro de sus rivales era el negro homosexual. La verdad es que este personaje siempre causó mucho revuelo en mi cabeza, ya que doña Lucha lo describía de varias formas. Una de esas era su raza; otra era que siempre vestía de negro; y la última, que me resultaba un poco absurda y bastante divertida, era la de su falta de aseo. Ella decía: “es negro y le gusta estar más negro; ¡pinche mugroso!”. En realidad, no sabía cuál era su relación con doña Lucha, o a qué se dedicaba; quizá también era padrote o tratante de blancas, o simplemente había sostenido una relación amorosa con el tal Cecilio. Cuando se trataba del negro homosexual existían un montón de posibilidades.

La enemiga número uno de doña Lucha era Micaela y, claro, su séquito de maricones, a los cuales describía como de otro planeta, pues eran hombres vestidos de mujer. Tengo la hipótesis de que ese grupo se componía de transexuales, aunque me gustaba imaginarlos empelucados y con pieles tornasoles. Micaela era dueña de un putero, el cual frecuentaba Tito y al que, por amor, doña Lucha se vio obligada a acompañarlo varias veces. Lo que más le molestaba de Micaela no era tanto su séquito de maricones extraterrestres, ni su supuesta profesión, sino que doña Lucha

juraba que Micaela envenenaba la cabeza de su amado con bebidas embriagantes y mujeres de la vida galante, por ese motivo quería cerrarle el changarro.

Debido al contexto que había desarrollado en mi mapa mental, mil posibilidades atravesaron mi pensamiento: quizá Doña Lucha en algún punto de su vida formó parte del mundo de la prostitución, quizá el supuesto comandante la había sacado de ahí. No estaba segura, podía ser una posibilidad. Llegué a imaginarla como la protagonista de una película de arrabal; los personajes, sus ocupaciones y los lugares eran perfectos. Disfrutaba imaginando que era ella; me veía entrando al putero con sus luces a medias, los tapices rojos, el olor a alcohol y el humo del tabaco mientras de fondo se escuchaba un bolero.

Creo que nunca estuve así de interesada por alguien en todo lo que llevo de vida. Pasaba días y noches pensando en mi vecina. Me planteaba una y otra vez cómo había sido su vida antes de la calle y de Tito. Intentaba imaginar su infancia, pero me era impensable verla como niña o adolescente. Me preguntaba el origen de su locura, si era algo de nacimiento o la había adquirido con el tiempo; quizá su familia no había sido buena con ella o, todo lo contrario, había sido una niña mimada, o tal vez su locura se debía a un mal de amores; quizá después de todas estas conjeturas yo era la loca, dudo que doña Lucha pensara siquiera un momento en mí, sólo sé que a veces me recordaba como “el maldito marimacho” que accidentalmente la había visto desnuda.

Nunca pensé en esa posibilidad, pero sucedió: Doña Lucha no regresó al edificio. Al principio no me alarmé, pues sabía que a veces se desaparecía por dos o tres días. Hasta que pasaron quince días fue cuando me preocupé y decidí salir a buscarla. Recorrí las calles, busqué en la iglesia y en el minisúper. No estaba. Ese día no pude dormir, pues me sentía desesperada. No dejé de llorar, estaba

triste y molesta conmigo por no haberla ido a buscar antes; me di cuenta de lo entrañable que era en mi vida.

Días después de mi búsqueda alguien llamó a la puerta de mi departamento. Al abrirla me encontré con el casero, quien me entregó las nuevas llaves de la entrada. Para eso doña Lucha llevaba más de un mes sin aparecer. Entonces le pregunté sobre el paradero de doña Lucha y qué pasaría con ella si regresaba y no podía abrir la puerta. Él me contestó:

—Uy niña, no sé si volveremos a ver a la señora Luchita por aquí. Fíjese que lo último que supe es que hace unas semanas, mientras limosneaba en la esquina de la iglesia, tuvo un altercado con unas señoritas de la vida galante. Al parecer estas le metieron una madrina que la pobre Luchita terminó internada en el hospital. Pero no se preocupe, en cuanto ella regrese, si es que regresa, yo me voy a encargar de hacerle su juego de llaves.

Quise investigar en qué hospital podía encontrarla. El casero no supo decirme. Además, creo que ya había pasado bastante tiempo para que ella siguiera internada. Repentinamente dos pensamientos se engancharon a mi mente: uno era que debido a su salud mental la habían llevado a un psiquiátrico; y el otro, trágico y un poco más realista, era que mi querida vecina ya no era parte de este mundo. Intenté buscarla, pero no pude hacer mucho para encontrarla, ya que de doña Lucha lo único que sabía es que era mi vecina y que estaba loca.

Lo admito, fue una gran pérdida, doña Lucha se había convertido en parte de mi vida. Todos los días me despertaba con ganas de escucharla cantar. Pensaba en ella, en la vez que accidentalmente la vi desnuda, en sus conversaciones, en sus recorridos por el edificio y por las calles del centro de la ciudad. También vino a mi mente Tito, el comandante, Cecilio, el negro homosexual y Micaela. Ellos también se esfumaron con ella. Entonces recordé

un pequeño fragmento de un poema que había leído hace tiempo, que decía más o menos así: “Tú eres la que se desnuda para que el verano tenga vientos propicios, la que canta amartillando su corazón como el cielo que piensa en la tormenta”.

ADRIANA MONDRAGÓN COLLADO (Toluca, 1991). Es licenciada en Sociología por la Universidad Autónoma del Estado de México. Presentó como trabajo final el ensayo *La construcción discursiva de la prostituta a partir del género musical bolero*. Laboró en el Departamento de Comunicación Educativa del Museo Nacional de las Culturas.

Manos limpias

Edson González

El remolino se llevó la mugre. Miró el agua ennegrecida abriéndose se paso a coletazos por la coladera, igual a una anguila. Se sacudió las manos. Apretó un puñado de toallas de papel para secarse; aun estas quedaron manchadas por los restos del agua puerca.

¿Ya?, el licenciado lo saludó con una palmada en el hombro. Aparecido de pronto: un muñón de corbata, pantalón y saco todo apretado en una panza. Ya mero, ya, respondió él. Qué pena que no haya podido declarar ayer, ya sabe cómo son estas cosas. El licenciado miró al cabeza rapada. Notó que sus manos jugaban a las mordidas entre sí. ¿Está usted nervioso?, ¡no se ponga así! Los oficiales intimidan, pero diga lo que me contó, nada más. Y las manos restregándose con el amor de un par de cuervos. En la cara de Cabezarrapada apareció un gesto que se parecía mucho a las sonrisas. Yo digo, les digo.

Como no abrió más la boca por un rato, el licenciado asintió con la cabeza. Inclino el cuerpo para decir que era un hombre ocupado —y un hombre ocupado necesita llegar antes a cualquier sitio—, y se fue como por error.

Lo miró perderse entre la gente. Cabezarrapada sintió el hueco donde se estrelló el saludo del licenciado. Quiso ahuyentar la sensación como se hace con las moscas, pero temió ensuciarse. Con esos policías haciendo preguntas, convenía llegar pulcro.

En la salita se hallaban sus compañeros de tragedia. El licenciado ya se encontraba entre ellos. Se sintió enfrentado a sus miradas. En el bochorno, no supo qué hacer. Levantó los hombros para decir

qué mal que se murió, y saludó a los presentes con la cabeza. Enganchó su culo al asiento más cercano. Sus brazos eran serpientes; se masticaba la piel con sus uñas. Qué mal que la mataron, corrigió. ¿La mataron... la mataron quiénes? Qué mal que la mató. ¿Quién? Alguien. Ponle cara. No puedo. ¿Por qué no puedes? La comezón. La oscuridad. Ningún foco encendido en el barrio. ¿Faros de autos, algún vecino insomne? Nada. En los dedos. ¿Tiene su domicilio en la zona? En Las Palmas. ¿Se siente bien?, le pregunta el licenciado. ¡Caramba!, pero si eso queda lejísimos, ¿qué hacía por el barrio? Traíganle agua al cabeza rapada. Nada más, estaba por allí. ¿Tiene amigos o familiares en las inmediaciones? Sí... que diga, no. Decídase, es sí o no. ¿Cabezarrapada? ¿Sabe lo que le pasó a la señora? Las manos. ¿Qué cosa? La ahorcaron. ¿Usted lo vio? No. ¿Y cómo sabe que la ahorcaron? Es lo que me dijeron. ¿Entonces caminaba por allí, vio que la mataban y qué? Nada, no vi que la mataran. ¿Se siente usted bien? Por supuesto. ¿Se siente bien, señor? De maravilla. ¿Se siente usted bien?, el licenciado lo tenía por los hombros. Cabezarrapada se sobresaltó. Sí, sí. ¿Por dónde está el baño? Hay uno aquí afuera, respondió una mujer.

En el lavabo se enjugó. Llenó sus manos de jabón y la pelea de serpientes, quesemuerdenquesematan. ¿Cabezarrapada?, el Licenciado llamó a la puerta. Ya lo necesitamos en la sala, señor Cabezarrapada. No respondió. Voy a entrar, señor, advirtió el licenciado.

La mano del licenciado sobre su hombro. Cabezarrapada intentaba no fruncir el cejo. Vamos, hombre, usted no necesita lavarse las manos. Cabezarrapada se miró en el espejo, miró al licenciado en el espejo. No, ¿verdad? Y escuchó el agua, abriéndose paso a coletazos en la coladera.

EDSON GONZÁLEZ. Egresado de Letras Latinoamericanas. Profesor sin título, a veces sin alumnos. Músico en pausa.

La piedra

Israel Colín Aguilar

Serían como las tres cuando el Changolión se lanzó por el activo allá con el narcotlapalero. La Gata, yo y el Bigotes nos adelantamos a la milpa. Ninguno de los cuatro fue ese día a trabajar. Era un lunes gris, de esos que saben a mierda, en los que todo empieza mal, porque tu vieja se levanta gruñona y te escupe a la cara que no soporta más tu olor a anforita, y luego, encabronada, se jala a los chamacos sin bañar a la escuela y te quedas en la litera bien pinche solo, sin una nalga que agarrar, sacándote los mocos con la mano izquierda mientras te frotas como Aladino la tripa con la derecha, sabiendo que ese es el único deseo que te concederá la puta vida en todo el día. Y todo porque no quieres cambiar, ¡y porque no vas a cambiar. Chingue a su madre, pinche greñuda, para qué me junté!

Como el Changolión no llegaba, nos tiramos los tres en la cama de mazorcas que habíamos hecho en medio de la milpa, prendimos una bachita y nos pusimos a otear las nubes.

Mira güey, esa tiene la jeta de tu hermana, me dijo el Bigotes mientras señalaba un cirro que estaba todo salpicado de cielo como una coladera. La Gata y yo nos reímos de su mamada. Yo buscaba otra nube para chingarme al Bigotes cuando escuchamos que alguien se acercó. Instintivamente me llevé la mano a la espalda.

¡Tranquila, bandota, que ya llegó el monais!, gritó cantadito el Changolión, al tiempo que apareció entre las mazorcas agitando la lata amarilla del activo. El Bigotes puso “La cumbia salvaje” en su teléfono y entonces los cuatro sacamos las mojarritas que siempre llevábamos guardadas entre las ropas, las mojamos y comenzamos a atascarnos.

Como siempre sucede con el piolín, empezamos el cotorreo, bien prendidos, pero luego, conforme se nos fueron trabando la lengua y las ideas, nos quedamos calladitos, mirándonos unos a otros los demonios.

No sabría decir si fue un alucine, yo estaba bien clavado en la textura de un chilacayote cuando la morrita apareció. Llevaba un vestido azul —La Gata dice que era verde—.

Casi no recuerdo el hilo de los hechos, ya estábamos bien tarados. Lo que sí recuerdo es que la morrita se nos quedó viendo, como si supiera algo que nosotros ignorábamos y de repente se empezó a reír, pero su risa no parecía humana, era una risa seca, chillona, un poco siniestra. Como no se callaba, comenzó a crecer en mi panza un chingo de odio, igualito al que se siente cuando, encabronado, te da por patear una puerta con todas tus fuerzas hasta destriparla. Creo que mis compas sintieron lo mismo, porque sin planearlo acorralamos a la niña igualito que a una gallina. Pinche morrita, ni siquiera se asustó, siguió burlándose de nosotros.

Ya casi la agarrábamos cuando se escabulló corriendo por un costado de la Gata. Pa mí que se las olió que de los cuatro es el más pendejo. Todos fuimos detrás de ella. Nunca la hubiéramos alcanzado, parecíamos cuetes zurrados, pero la morrita dio con un hoyo de topo y cayó en un surco. Fui yo quien ahí mismo le dio el primer madrazo en su pancita, luego los demás me siguieron. La morrita apenas y gimió; con sus manitas abrazando su pecho, parecía una ratita recién nacida.

Mientras nos la chingábamos a patadas comencé a pensar en cosas, como en el retiro del cuarto y quinto paso al que fui la única vez que intenté cambiar. Nos sacaron de madrugada a un patio, mi padrino me puso de rodillas, me dio un trozo de manguera y comenzó a gritarme bien feo: Ahora sí cabrón, pártete la madre a los que te chingaron, pinche mariguano chillón. Yo terminé bañando en lágrimas, azotando con rabia la manguera contra el suelo al mismo tiempo que confesaba todas mis chingaderas, creo que hasta salió lo que me hizo mi tío de niño.

Después de los azotes y el lloriqueo quedé bien agotado. Mi padrino me pidió que cerrara los ojos, me tumbara en la tierra y respirara profundo. Ya había amanecido y pensé que el infierno había pasado, que me iba a curar. Mi padrino me ordenó, ya con otro tono: vas abrir los ojos poco a poco hijo y vas a mirar el cielo. Le hice caso. Nunca había visto un cielo tan bonito, sentí mucha paz, como si yo fuera otro.

El alma se me empezó a llenar de fe. Algunos comenzaron a decir que estaban viendo a dios en las nubes y me emocioné. Mi padrino me preguntó si también lo veía. Le dije: sí, sí lo veo padrino, aunque la neta no veía ni madres. Otros incluso dijeron que diosito con su mano los estaba saludando. ¡Puras fregaderas!, y yo me las creí.

Todo eso se me vino de golpe al estar reventando con mis botas el cuerpo de la niña. Fue el Changolión el que me despertó del viaje. ¡Ya estuvo carnal, ya estuvo, mejor vámonos!, me dijo mientras me jalaba de la playera de Brujería que llevaba puesta. Todavía alcancé a dar un puntapié al bulto ensangrentado.

Salimos de la milpa como a las seis de la tarde. Sin decir ninguna palabra, llegamos a Barrio bajo y ahí nos separamos. No pude dormir en toda la noche, la imagen de la morrita no me dejó. Me quedé viendo las láminas negras del techo, pensando que eran

surcos de tierra. Mi vieja me preguntó en la madrugada por qué no me quitaba las botas. La mandé a la verga, no podía decirle que estaba paniqueado, que creía que de un momento a otro llegaría una patrulla. Pinches patas, me dolían un chingo de tanto madrazo.

A la mañana siguiente le mandé un mensaje al Changolión, teníamos que regresar a la milpa y comprobar si era cierto lo que habíamos visto. La Gata y el Bigotes ya no jalaron con nosotros, los dos trabajaban en una carpintería y según ya no podían faltar. Yo creo que del susto se les cayeron los huevos.

Me encontré con el Changolión en el Oxxo donde compramos siempre las anforitas de Tonayán, y de ahí nos fuimos rumbo al panteón. Casi cuando íbamos a llegar a la milpa rompí el silencio que me estaba aplastando.

—¿No habrá sido un alucine, Changolión?

—No mames güey, cómo la íbamos a alucinar los cuatro.

—Pero ni casas hay por ahí. Se me hace que nos chingamos a una gallina o a un perro —le dije.

El Changolión se me quedó mirando en silencio, como siempre lo hacía cuando alguien decía una pendejada. Ya no le quise contar la vez en que El Príncipe de Persia y yo conectamos bien chido con el politec en las canchas de futbol y vimos caer rocío de colores en nuestros hombros.

Antes de meternos a la milpa le pregunté: ¿Tú por qué la pateaste? Nomás, respondió el Changolión, y su mirada se perdió en no sé qué tristeza.

Estuvimos buscando un rato entre los surcos, pero no encontramos nada. De repente alguien chifló afuera de la milpa. ¡Chist!, me acalló el Changolión. Nos quedamos agachados, como si estuviéramos cagando. Pensé que íbamos a valer madres y recordé lo que le pasó al Sapo después de que violó a una ñora en una milpa.

Pobre pendejo, le dieron unos putazos y luego lo metieron en medio de unas llantas y le prendieron fuego. Mi corazón se empezó a acelerar.

Un perro se acercó ladrando por el camino. El hombre que había silbado retomó su marcha y luego escuchamos que los dos se alejaron. Fue entonces que reiniciamos la búsqueda. Caminaba por un surco todavía con el corazón dando brincos cuando vi como a tres metros de mí una piedra del tamaño de un balón de básquetbol, al lado estaba tirada la lata amarilla.

En seguida llamé al Changolión; los dos nos quedamos mirando la piedra como si fuera un insecto extraño. No recordábamos haberla visto el día anterior y nos sorprendió que estuviera en un terreno de siembra, pero ahí estaba. Nos acercamos poco a poco, presintiendo lo peor. Cuando llegamos a la piedra advertimos que tenía algo encima; fue cuando en verdad nos asustamos, eran manchas de sangre.

Me entró un sudor frío por la espalda; comenzó a crecer en mí la idea de que era un asesino. Ni siquiera cuando anduve de rata en los parques pasó por mi cabeza chingarme a alguien. Me dije, ¡Patroncita Blanca, si salimos de esta me cae que ahora sí voy a jurar! Caminamos alrededor de la piedra. Estábamos seguros de que nos topáramos de un momento a otro con el cuerpo de la niña o con los restos de algún animal, pero no encontramos nada, la sangre se concentraba solamente en la piedra. Los dos nos quedamos bien pendejos.

Nadie nos vio salir de la milpa, y aunque nos hubieran visto, no se supo en los días que siguieron de ninguna niña desaparecida o de algún cuerpo hallado. Pasaron semanas para que los cuatro nos volviéramos a juntar; ahora nos las tronamos en el canal. Yo me deshice de las botas después de que descubrí una mancha de sangre en una de las lengüetas, se las vendí al Gallo.

Aunque evitamos hablar de lo que pasó, sé que en el fondo, cada vez que miramos hacia la milpa, nos seguimos preguntando si en verdad nos chingamos a una niña, o fue un perro, o fue una gallina, o fue el diablo el que esa tarde nos pasó a visitar.

ISRAEL COLÍN AGUILAR. Es egresado de las licenciaturas de Derecho y Letras Latinoamericanas, de la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha trabajado como reportero y corrector de estilo en algunos periódicos de Toluca.

Tentando a la suerte

Mauricio Pérez Sánchez

“Ya tienes una bala en entre ceja, oreja y cien, Sánchez”, era la sentencia escrita en aquel papel amarillento de doble raya. El comandante leía una y otra vez la frase dedicada a su persona, como si con un sorbo de café y otra pasada esas palabras pudieran transmutar en buenas nuevas.

Llevaba un rato con el papel entre las manos cuando el subcomandante Pachango entró a la oficina de Sánchez como siempre: sin tocar, mal fajado y con un hilillo de mocos transparentes escapando de su narizota. Que otra vez estaba la loca desnuda a las orillas del río, dijo el de los mocos; que las viejas pedían a gritos que la retiraran para que los niños no la vieran; “sí, los niños”, murmuró el comandante; que era necesario que se apersonara en el lugar porque sólo a él le hacía caso; que fuera, que al cabo estaba “bien cerquitas”.

Sánchez no comentó nada; la frase “cabrón, ni estas mamaditas puedes resolver solo”, la dijo para sus adentros; en aquel instante no se sentía con ánimos de hablar. Se levantó, sacó su 45 de un cajón y se puso su chamara.

Ambos policías tuvieron que abrirse paso entre un grupo de mujeres, niños y, sobre todo, hombres que rodeaban a la mujer desnuda, quien, como si no hubiera nadie a su alrededor, se concentraba en trasvasar agua de una jarra a otra.

—¿Qué pasó, Rubia? ¿Otra vez alborotando el avispero? Está viendo que estos son alegres y les da maracas; cúbrase, carajo —dijo Sánchez sin respirar, mientras le ofrecía una frazada a aquella mujer de aún buenas formas que tenía una enorme cicatriz en el vientre. Pero ella, tras un vistazo al rostro del comandante, siguió embebida en su tarea.

—¿Por qué no le dices lo mismo a los pájaros, a las nubes? Todos están tan desnudos como yo, comandante. Incluso tú estás hoy bien encueradito; si se te ve el miedo junto a las costillas; tienes cara de difunto.

Cuando notó que el comandante bajaba la mirada, la mujer dejó las jarras sobre la tierra y aceptó la frazada, con la que se cubrió hasta las rodillas. La gente poco a poco se fue dispersando. Sánchez le dijo a Pachango que se subiera al jeep y jalara para la comandancia, que en un rato lo alcanzaba. Luego calculó dónde estaría el codo de la mujer y puso su mano ahí sin aplicar mucha fuerza, sólo para guiarla hacia los mezquites.

Tras asegurarse de que no había nadie cerca, Sánchez empezó a hablar en voz baja.

—Esta vez va en serio, Rubia. Ya no son chismes; me amenazaron. Ya traigo una bala en la cabeza.

—Ya te dije que esos no te van a hacer nada. Si acaso, la bala en tu cabezota te la vas a meter tú por pendejo. Hazme caso; deja de chaquetearte la tatema, cabroncito.

—¿Está segura? El mensaje que me dejaron es más claro que el agua de limón sin chía, y ya me tienen bien “wachado”: fueron a la oficina porque sabían que no estaba.

—¡A-que-la-rre-de-brujas! Eres más necio que un borracho —fue lo único que contestó La Rubia mientras movía la cabeza y sacaba de una raída bolsa un vestido que algún día fue verde.

De camino a la comandancia, ante el sol cayendo sin misericordia y el polvo revoloteando como zopilote, Sánchez estuvo a punto de subir a una de esas motos con techo que desde hace un par de años convirtieron a Totolapan en un anexo de la India. Pero el aroma que salía de la panadería le hizo pensar que regresar a pie había sido la mejor elección. Ese olor se trenzaba con la esperanza de que Giovana estuviera atendiendo. La moneda cayó en cruz y vio la cara de la jovencita. Estaba sola; llevaba una playera blanca ajustada con el letrero YELTSIN adornado con un pezón después de la e y otro tras la ese, lo que, entre otras cosas, evidenciaba la ausencia de esa prenda íntima que usan las mujeres que no son del pueblo. Sánchez tenía unas ganas locas de tentar aquellos pechos tanto como su suerte, por lo que se decidió por un bísquet con un enorme pezón de masa cubierta con huevo, al que le hincó el diente antes de pagarlo. A punto de salir, soltó un piro-po que hizo sonrojar a Giovana, quien no dijo nada, sólo empezó a tejer un rulo con los dedos.

Al retomar el camino hacia la comandancia, Sánchez pensaba que así le gustaría morir, con la imagen de la Giovana tatuada en sus retinas, tan maltratadas a punta de los cachazos propios del oficio.

Quizá La Rubia tiene la boca llena de razón, pensó Sánchez cuando vio a tres tipos que ya tenía bien identificados bajar de una camioneta azul justo frente a la pulquería. Era muy alto, flaco y traía una gorra con un dibujo de toro, fue la descripción que le dieron en la comandancia cuando preguntó sobre las señas personales de quien dejó el sobre. Pues ahí estaba su presa, justo frente a sus narices; nomás faltaban el celofán y el moño.

Sánchez se ocultó tras una cabina telefónica que carecía de teléfono, esperando a que los vatos entraran a la pulquería. A ojo de buen culero, deben estar por sentarse y por pedir sus curados,

pensó. Luego, contó hasta diez, y enfiló hacia la entrada de La Babosa.

La puerta corrediza hizo un rechinido inaudible ante el volumen de la rocola. Los agarró más distraídos que un cura pederasta escuchando a un coro de pubertos. Sánchez sacó su arma. La primera bala dio en el pecho del gordo. La cabeza del que traía una playera del América fue el blanco del segundo plomazo. Gritos y botellas rompiéndose impedían escuchar con claridad la letra de *Nos estorbó la ropa*. El de la gorra de los Toros de Chicago estaba petrificado; ni siquiera trató de sacar la pistola que tenía mal escondida en la cintura. A ese, Sánchez no le disparó; sólo le escupió una frase: “¡los mensajeros son putos!”. Luego, tentando a la suerte, guardó su arma y le dio la espalda. Despacio, se dirigió hacia la salida, pensando en el tiempo que tarda un pazguato en reaccionar y en acribillar a un policía. Vicente Fernández dejó de cantar. Dos pasos más sobre un tapete bañado de incertidumbre. “¡Putra madre!; si vas a disparar, jálale ya, nalgas miadas”, masculló Sánchez. Cerca de la puerta abierta, recordó lo bonita que lucía Giovana con su playera blanca, y creyó verla al otro lado de la calle, agitando los brazos con desesperación.

MAURICIO PÉREZ SÁNCHEZ (México, Distrito Federal). Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Publicó algunos de sus cuentos en el periódico *El Financiero* y en la revista *La Colmena*. Escribir es una de las 69 actividades que le producen placer.

Amantes de sobremesa

Marifer Michel

Para Joselo

El sol se introduce por el ventanal del restaurante Covadonga. Sus rayos se posan sobre el escote de Marisa dibujando figuras de colores. Acompañada de gente superficial, su conversación gira en torno a “poetas”, su fanatismo por López Obrador, de mentano (que si se tiró a fulanita o zutanita), de la película Roma, temas que a ella no le van ni le vienen. Marisa: guapa, rubia, ojos verdes y lectora voraz. A sus treinta años conserva su cuerpo de quinceañera. Casi siempre usa ropa ajustada para hacerse notar y eso la excita. Su nuevo galán, Joselo, es un chavorrucos. Converse de calaveras, cabello hasta la cintura y playera del Toluca; patán y pésimo en la cama. Marisa está con él para no sentirse sola; no tardará en abrir el bote de basura y desecharlo ahí, como a todos los demás. Para ella lo más importante es volar y todavía no encuentra a su trapecista que le enseñe esa técnica.

Marisa se aturde de tanta banalidad, se escabulle e imagina escenarios: su pasatiempo favorito. Mira meticulosamente las mesas del local, se decepciona al ver que los hombres que están ahí son godínez y chavorrucos, al igual que Joselo. Cierra los ojos, y al abrirlos los ve atractivos. A todos los mira como si fueran *hipsters*, *millennials*, *sugar daddies* y mirreyes.

Al *hipster* lo idealiza con barba de leñador, gafas de pasta, bufanda, camisa de cuadros y sombrero. Se transporta a un edificio de

los años cuarenta en el centro, suena la canción “Muero de amor”, de La Bien Querida. Marisa se deja llevar por la música. La inmensa barba y el éxtasis de ella ruedan entrelazados por el piso de madera. Los besos los saborea cuando toma un sorbo de café. Los labios del *hipster*; una ensalada orgánica sin gluten; el parloteo de los comensales, una motocicleta. Marisa sueña con su olor a cedro.

Marisa, aburrida, dibuja *emojis* en una servilleta; harta, voltea y le llama la atención un *millennial* con sudadera de Batman y audífonos. Imagina que se hacen una selfi y que juegan videojuegos. Joselo la interrumpe preguntándole una tontería. Tarda en reaccionar, no se percata de lo que contesta, ella sigue en el juego. A pesar de la distracción, le gana al *millennial*. Él se enoja, llora y patalea como un adolescente. Marisa se burla de él.

Se le hace una eternidad la hora de irse. Piden más cervezas artesanales y botanas. La plástica se hace cada vez más insoportable.

Marisa escapa nuevamente de esa realidad que la asfixia y vuelve a imaginar.

Con el *sugar daddy* viaja a Puerto Escondido; sus canas, cuerpo musculoso, infinitos tatuajes y su *blazer* la enloquecen.

Caminan en la playa, recolectan caracoles, realizan maromas entrelazados en la arena, se besan a la sombra de una palmera, él le regala collares de perlas, los bañistas la confunden con su hija cuando pasean abrazados. Son el monumento para los turistas. Antes de dormir comparten cremas para las patas de gallos y se ponen mascarillas. Los espasmos del *sugar daddy*; fuegos artificiales; para Marisa, cometas. Su hombre ideal; le pide a San Antonio que aparezca.

Marisa tararea la canción: “No culpes a la noche, no culpes a la playa, no culpes a la lluvia, será que no me amas...”.

El mirrey, con camisa desabotonada y con un rosario colgando del cuello, maneja un BMW. Marisa va a su lado. La velocidad

la excita, se dirigen al antro más fresa de Acapulco. Bailan y beben *champoo* hasta el amanecer. El mirrey golpea al cadenero. Marisa quisiera que fuera Joselo. El mirrey graba su hazaña y la sube a Facebook como si ganara el Real Madrid.

Regresa a su papel estelar: una Barbie; asiente con la cabeza, y dice sí mi amor lo que tú digas.

Se dirige al baño. Joselo la detiene y nalguea. Marisa lo mira con desaprobación y enojo. Sus amigos ríen. Ella sólo sonríe irónica y los acribilla con la mirada. No da ni el tercer paso e intuye cómo los hombres la tocan con el pensamiento. Al llegar al baño se equivoca y entra al de caballeros; tarda en percatarse de que un hombre la observa desde una esquina. Marisa se sobresalta al mirar los mingitorios. Cuando se dirige a la puerta, el hombre tan parecido al *sugar daddy* que tanto soñó se le acerca, le dice que sus aretes son muy originales y hablan sobre el clima. Marisa le da las gracias a San Antonio por el trabajito. Ella lo toma del cuello con suavidad y lo besa; él no se rehúsa. Salen tomados de las manos. Marisa, con una sonrisa, ya se ve casada, con tres hijos y un perro. Ya es su trapecista. El *sugar daddy* le da una ligera nalgada. Esta vez no le molesta, la entusiasma. Cuando se dirigen a la salida, él la detiene y la encamina a la mesa de Joselo. Marisa se queda anonadada. El *sugar daddy* lo saluda dándole un abrazo. Marisa sigue prensada de la mano de ese extraño que ya tiene nombre: Hugo.

MARIFER MICHEL (Toluca, 1981). Cuentista. Cursó el diplomado en creación literaria en la Escuela de Escritores Mexiquenses Juana de Asbaje. Publicó en las antologías *Historias al descubierto*, *Cuentos inesperados*, *Aullidos de Quimera* y *Cuentos del sótano VI*; en el periódico *Portal de Toluca*; y en las revistas *Guía Cultura Metepec* y *Revista Universitaria*, entre otras. Comuna Gironde publicó su primera plaqueta, *Amantes de sobremesa*.

Invitación al incendio es una publicación especial de *grafógrafxs* editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, <http://www.grafografxs.uaemex.mx>, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, calle Sor Juana Inés de la Cruz, número 300, Col. 5 de Mayo, Toluca, Estado de México, C.P. 50090, Tels. (722) 277 3835 y 277 3836.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 2, núm. 1 de *grafógrafxs*, enero-marzo de 2020.

El interés por escribir sigue latente en la ciudad. No sé si hoy más que ayer, pero sí sé que permanece; están los diferentes talleres del valle como prueba de ello. Nuestra época necesita ser narrada, y hay quien goza realizando esa actividad. Los trabajos que leerán parten de ese gozo y de esa necesidad. Si bien sus artífices habitan la ciudad, sus búsquedas narrativas no pretenden agotar lo local; sus alcances brincan la frontera de la “provincia” y se instalan en una reflexión, primero literaria y luego humana.

Alonso Guzmán



Universidad Autónoma
del Estado de México

grafógrafxs